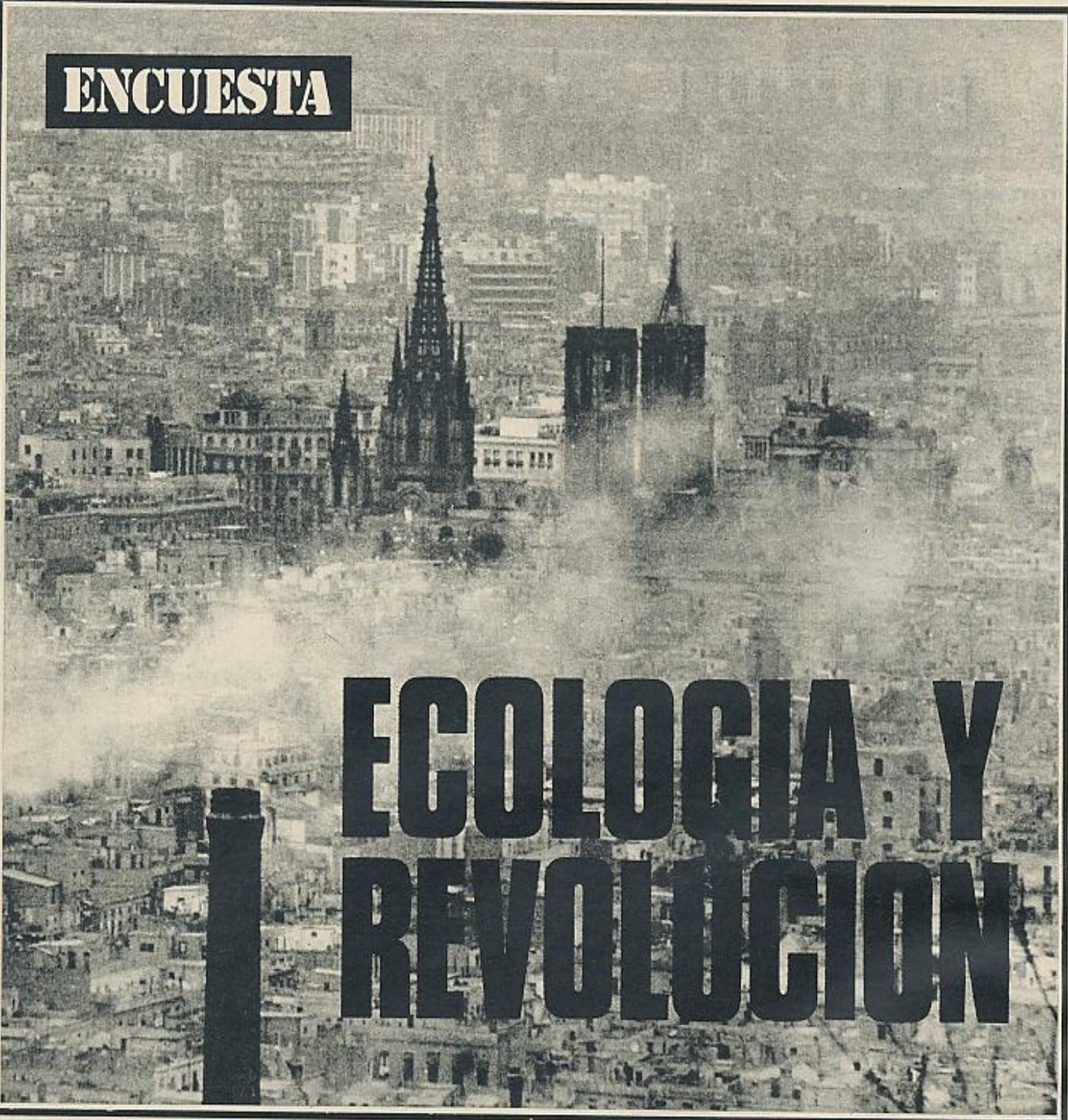


ENCUESTA



ECOLOGIA Y REVOLUCION

TRIUNFO ha venido tratando el tema de la ecología en diversas ocasiones. Recientemente, en el número 508, publicamos una larga entrevista con Sicco Mansholt, presidente de la Comisión de la Comunidad Económica Europea. Hemos querido, no obstante, tratar de una forma especial este problema, porque consideramos que es necesario crear una conciencia ecológica. «¿Por qué discutir de ecología?», se pregunta Herbert Marcuse, y responde: «Porque la violación de la Tierra es un aspecto esencial de la contrarrevolución». El movimiento ecológico que está desarrollándose es susceptible, sin embargo, de interpretaciones muy variadas, y ya se apunta una recuperación del tema por parte del poder. Conviene, por ello, abordarlo radicalmente. Así lo hace, por ejemplo, el profesor Aranguren, cuando escribe: «El máximo "escándalo ecológico" es la fría, deliberada, calculada destrucción del ecológico "hábitat"

vietnamita...». Responden a nuestra encuesta «Ecología y revolución» el profesor José Luis López Aranguren, ex catedrático de la Universidad Complutense y actualmente profesor en la Universidad de Santa Bárbara (California); Michel Bosquet, periodista francés, responsable de la sección política y económica de «Le Nouvel Observateur»; el filósofo alemán Herbert Marcuse, cuyas obras han sido «best-sellers» en nuestro país; el sociólogo Edgar Morin, cuya firma ya ha aparecido en nuestras páginas, y especialmente conocido por nuestros lectores por su libro «Las estrellas», y el catedrático de Estructura Económica Ramón Tamames, que viene dedicando un especial interés en estos últimos tiempos al tema de la ecología. Los trabajos de Marcuse, Bosquet y Morin pertenecen al debate montado por el Club de «Le Nouvel Observateur» hace dos semanas, en París.

José Luis Aranguren



La "vuelta a la bicicleta" es un movimiento positivo.

Como de costumbre desde hace decenios, no sólo lo peor, también mucho de lo mejor nos viene de los Estados Unidos: la nueva izquierda, el movimiento "hippie" y la contracultura, la reacción contra la sociedad tecnológica, y ahora, tangencialmente, a través de Barcelona y su Congreso sobre Desarrollo Tecnológico y Avance Social, a través de la Conferencia de Estocolmo y a través del debate en París del OBS sobre "Ecología y revolución", la actualidad del tema ecológico.

Creo que en cuanto a éste, es decir, a la relación, siempre difícil e inestable, entre el organismo humano y su entorno, debe distinguirse, sin separarse, porque es imposible, cuatro problemas: el de la "explosión" de la población —la "bomba", como la llamó Paul Ehrlich—, más temible que la atómica, aunque retardada, o precisamente por retardada, por lenta, insidiosamente destructora; el de la explotación, hasta su explotación y agotamiento, de los recursos o primeras materias de la Naturaleza; el de la contaminación y contaminación —desastroso subproducto tecnológico— de nuestro entorno, aire, agua, tierra, y, en fin, la atroz destrucción sistemática de la Naturaleza en Vietnam por los Estados Unidos.

Situemos estos problemas por

orden de gravedad moral. Evidentemente, el máximo "escándalo" ecológico es la fría, deliberada, calculada destrucción del ecológico "hábitat" vietnamita en nombre de la "democracia" y para sostener a un Gobierno sin el menor apoyo popular. Se trata de un problema de una completa localización geográfica y de una muy concreta responsabilidad del complejo político-militar-industrial americano. Pese a ello, y como veremos luego, tenemos aquí una dimensión muy importante del problema global.

Aun cuando no tan acotadamente, los problemas interconexos de la explotación exhaustiva y de la destrucción del equilibrio ecológico, como efecto inmediato o lateral de la tecnología, son de la responsabilidad exclusiva de los Estados Unidos, de Europa Occidental y del Japón. Rusia y los países que pertenecen a su área de influencia no han llegado aún al grado sumo de saturación tecnológico-consumista, aun cuando la peligrosidad por "explosión" (en vez de "explotación") de la "bomba" sea también muy grande.

Finalmente, el problema del exceso de población, aun cuando alcanza a la Tierra entera, parece referirse mucho más urgentemente a las áreas subdesarrolladas del planeta, en las cuales el aumento de la población es mucho mayor.

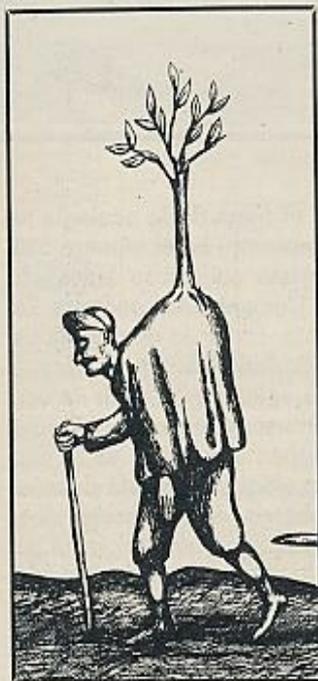
He aquí unas distinciones de situación a mi juicio indiscutibles. La máxima destrucción ecológica es la que se está llevando a cabo en Vietnam. Y la máxima y más incuestionable amenaza de destrucción ecológica es la que representan, con sus bombas, los Estados Unidos, Rusia y los países que, siguiendo su ejemplo, fabrican armas nucleares.

Por el otro extremo, el de los países económica y tecnológicamente subdesarrollados, en nombre del peligro de un exceso de población, se demanda a la mayor parte de los habitantes del planeta, que están desde siempre subalimentados, que nunca han llegado al límite mínimo del consumo vital, que reduzcan drásticamente su población, porque los bienes de consumo producidos —que a ellos llegan en un bajísimo porcentaje— no son suficientes para mantener la vida humana en el planeta. Es decir, a quienes se mueren de hambre, por de pronto, por una distribución enormemente desigual de los alimentos actualmente disponibles, se les pide que se priven de su única arma frente a los países tecnológicamente poderosos, arma que en el caso de China, por ejemplo, es evidentemente

te la presión demográfica. Después, por si fuera poco, a estos mismos países tecnológicamente poco desarrollados se les habla de que hay que detener el crecimiento —"desarrollo cero"—, y aun hacerlo descender, pues la detención no será suficiente. Y en fin, para mayor irrisión, se les quiere envolver en una problemática mundial ("Es preciso extender el problema al mundo entero. ¡Es imposible fraccionar!") de preocupación por una contaminación del medio ambiente, cuando el problema de la pureza del entorno es precisamente el único que no se les ha planteado aún, y que tardará muchos años en plantearseles. (Cuando se les plantease sería, además, por obra de la instalación en tales países de industrias de las empresas llamadas "multinacionales", es decir, americanas, europeas o japonesas.) Pienso, al contrario que Sisco Manshoit, que no sólo se puede, sino que se debe fraccionar el problema, que no cabe extenderlo al mundo entero y que son quienes lo han creado los que han de resolverlo.

Si, pero, ¿cómo?

La primera solución que se nos ocurre es una protesta moral. No soy tan escéptico como Michel Bosquet en cuanto a ella. La "aspiración revolucionaria sin base de clase", aglutinada sobre todo por la edad (juvenil), una nueva sensibilidad y la voluntad de "revolución cultural", no me parece inútil, aunque por si sola sea insuficiente. Confieso que en Santa Bárbara (California) me



impresionaba ver cómo la mayor parte de los estudiantes, muchos profesores jóvenes, otros no tanto y mi misma secretaria, poseedores todos de automóvil, acudían diariamente al "campus" desde sus casas en bicicleta. La "vuelta a la bicicleta", que está ocurriendo hoy, que en Dinamarca —que, sin embargo, no dio nunca, que yo sepa, grandes ciclistas— y en Bélgica y Holanda siempre se ha usado, es un movimiento positivo, y como él, otras tantas "modas ecológicas". En un mundo como el actual, en el que los status-symbols juegan papel tan decisivo para el comportamiento colectivo, estos inconformismos, aparentemente anecdóticos, pueden constituir el punto de partida para una remoción profunda de la opinión pública, estructurable después políticamente. Pero es verdad que por ahora estamos lejos de eso.

Entonces, ¿qué? ¿Qué va a pasar? Lo que a corto plazo va a pasar me parece bastante claro. Por una parte conviene precisar que no todos los futuristas comparten, ni mucho menos, el extremo pesimismo del profesor Meadows y sus colaboradores en The Limits to Growth. (Por cierto, en la prensa española se ha hablado de esta obra como si fuese del llamado Club de Roma, cuando la verdad es que fue realizada simplemente para el Club de Roma, cuyos miembros no todos comparten su punto de vista, según me consta.) Lo que si se ha generalizado en una preocupación ecológica que, por paradójico que a primera vista parezca, a los países tecnológicamente desarrollados, y en especial a los Estados Unidos, les interesa cultivar y fomentar. ¿Por qué? ¿Y por qué a los Estados Unidos en particular? Porque aparte de lo que pueda haber de genuino en la nueva "conciencia ecológica" de los grandes empresarios, el establishment americano tiene que pensar en la reconversión de su producción encaminada a la destrucción ecológica (Vietnam) en otro objetivo, ¿y cuál mejor que la defensa ecológica? Se da una curiosa convergencia de la preocupación ecológica y del interés tecnológico por una neotecnología a la vez "limpia" o pura y "purificadora". Estoy completamente de acuerdo con la previsión de Michel Bosquet: el complejo político-industrial de los Estados Unidos, y tras él el de todos los países desarrollados, se prepara —preparando a la opinión despolitizada, ecológicamente unida "por enci-

ma" de las discrepancias políticas— para el desarrollo tecnológico-monopolista de una producción no contaminante, de la preservación del ambiente, del reciclaje de los productos recuperables, etcétera.

Tecnología o neotecnología para la ecología: tal es el próximo objetivo de lo que ya podemos empezar a llamar sociedad neotecnológica o sociedad tecnológico-ecológica. Con la cual, naturalmente, ni los países subdesarrollados ni los que nos estamos convirtiendo en sujeto pasivo de desarrollo tenemos nada que ver.

Michel Bosquet



Si se permite a los grandes monopolios "recuperarla", la lucha contra la contaminación puede conducir al despotismo.

Al leer las declaraciones relativamente subversivas de Siccó Mansholt (véase TRIUNFO, número 508), me dije a mí mismo que afortunadamente no hay que desesperar por completo de un viejo social-demócrata. La civilización postindustrial que él propone como la única vía de salvación para la humanidad, reúne ciertas características importantes del socialismo, mejor aún, del

comunismo tal y como se concebía en el siglo pasado.

Hay muchos elementos en común: igualitarismo económico y cultural, liberación del trabajo, repartición de las riquezas sociales no sometidas a las leyes del mercado, base tecnológica transformada radicalmente de modo que el trabajo vivo no siguiese sometido al dominio del capital y a las exigencias de su acumulación. En una palabra, una economía que ya no se regirá por la ley del valor, sino por el conocido lema de «a cada uno según sus necesidades».

Esta visión de una sociedad posindustrial y poscapitalista es la única compatible con la gestión y distribución racionales de los recursos globales, con la revolución económica que supone la revolucionarización de las relaciones entre el hombre y la Naturaleza exigida por los ecólogos. Y es que la ecología, por los nuevos parámetros que introduce en el cálculo económico es, virtualmente, una disciplina anticapitalista y subversiva de modo radical. Mientras que el único objetivo que persigue la contabilidad capitalista es el incremento del capital: el beneficio, la ecología introduce, por el contrario, parámetros extrínsecos: ahorro de los recursos naturales, respeto al medio ambiente, mantenimiento del equilibrio biológico; búsqueda de un máximo de durabilidad, sustitución del valor de intercambio por el valor de uso; satisfacción y realización óptima de los hombres dentro y fuera de su trabajo en lugar del rendimiento y la productividad máxima del trabajo desde el punto de vista del capital.

Todo eso va debidamente ligado, tanto en la exposición de Mansholt como, por otro lado, en los documentos económicos del MIT, y del «Blueprint for Survival». Y es lógico. La ecología ataca a la producción capitalista al nivel de su fin inmanente: a saber, el incremento continuo del capital. En una segunda fase, pone en cuestión la lógica capitalista al nivel del sistema entero, de las relaciones sociales de producción, de las relaciones mercantiles y de valor.

Ahora bien, las dificultades comienzan en cuanto nos preguntamos con qué medios cuentan los ecólogos, qué medios propone Mansholt para lograr los fines subversivos implicados por la ecología. Los ecólogos y movimientos ecológicos suelen guardar silencio respecto a los medios a emplear. Y es que unos y otros se caracterizan por una sensibilidad subversiva y una aspiración revolucionaria sin base de clase, por una rebelión de tipo moral que las más de las veces rechaza

la civilización capitalista en su totalidad sin plantear de modo explícito la cuestión de la naturaleza de clase, de la sociedad de la que es fruto esta civilización. Esto explica el carácter utópico, «contra-cultural», que suelen adoptar los movimientos ecológicos y sus propuestas científicas.

Es verdad que Siccó Mansholt no guarda silencio sobre los medios a emplear. Pero tampoco adelantamos con ello gran cosa. He dicho que un comunista podía reconocerse en sus fines. Me apresuro a añadir que la divergencia entre comunistas y socialdemócratas, entre revolucionarios y reformadores sociales no ha radicado nunca en los fines, sino en los medios y las fuerzas sociales capaces de asegurar su realización. Así, después de haber reconocido en Siccó Mansholt a un posible aliado en el plano ideológico, veo también en él a un adversario de talla en el plano político. ¿Qué es lo que nos propone en efecto? Pues sencillamente apostar, en orden a la realización de una civilización postindustrial y poscapitalista, por la conversión moral de los gerentes del gran capital y por una intervención inteligente de los aparatos de Estado, nacionales y supranacionales.

Tal vez no se trate sino de una astucia táctica por parte suya. Pero puede ocurrir también que Siccó Mansholt esté, como muchos otros, realmente impresionado por el hecho de que el estudio llevado a cabo por el MIT (Instituto de Tecnología de Massachusetts) en torno a las condiciones del equilibrio ecológico y a la necesidad del no-crecimiento, haya sido financiado por tres monopolios de la industria del automóvil: la Volkswagen, la Fiat y la Ford Foundation. No trataré de averiguar las intenciones o pensamientos ocultos del señor Mansholt. Me limitaré a señalar mi profundo desacuerdo con lo que él declara, a saber: que la toma de conciencia ecológica de algunos grandes patronos demuestra la posibilidad de pasar de modo gradual y sin conflictos de la sociedad capitalista tal y como la conocemos a una sociedad que dejaría de estar dominada por la lógica del máximo beneficio.

La conciencia ecológica que exhiben algunos grandes patronos me parece más bien una maniobra estratégica que persigue un doble objetivo. El primero es el de desarmar a la contestación ecológica apropiándose de algunos de sus temas y sirviéndose de ellos como de una coartada. En este sentido, la financiación del estudio del MIT por parte de los monopolios del automóvil

puede entenderse perfectamente como una estrategia de relaciones públicas: se trata de privar a la contestación ecológica de su potencial anticapitalista, de mantenerla dentro de los límites del sistema, de divertir a los países ricos, mientras que sus Estados organizan o toleran auténticas matanzas programadas y mecanizadas en el Vietnam y Angola, o hacen la vista gorda al fascismo esclavizador de Sudafrica, etcétera.

Pero por debajo de semejante estrategia táctica es posible descubrir un segundo propósito oculto, más ambicioso: el de preparar tales grupos particulares o determinada rama de la industria capitalista para la crisis que entrañaría para la totalidad del sistema la detención del crecimiento material, a fin de convertir a tales grupos o ramas a la vez en organizadores y beneficiarios de esa crisis.

Así llegamos al meollo de la cuestión: el equilibrio global del que el no-crecimiento —e incluso el decrecimiento— de la producción material es condición, ¿es compatible ese equilibrio global con la supervivencia del sistema? Mi amigo André Granou ha afirmado que sí en «Polique Hebdo». Su camarada Barmecy ha negado esa posibilidad. Yo creo que uno y otro tienen razón. Personalmente he defendido una tesis más matizada: el no-crecimiento es contrario a la lógica del sistema capitalista e incompatible con el funcionamiento del capitalismo tal y como lo conocemos; pero no es necesariamente incompatible con la supervivencia de una nueva forma de capitalismo durante un periodo de tiempo limitado, pero que puede ser largo. Esto es algo que conviene aclarar.

Es preciso distinguir, para comenzar, entre dos tipos de no-crecimiento. Uno es el imaginado por Mansholt y por el equipo del MIT, el cual se basa en una política económica de equilibrio, dirigida desde el centro. A él me referiré en breve para demostrar su carácter utópico.

Pero hay otro tipo de no-crecimiento que no es utópico: se trata de la crisis de la economía capitalista, crisis que no equivale a su derrumbamiento definitivo, a su muerte brutal. La detención del crecimiento no significa en realidad más que una sola cosa: el capital se encuentra en la imposibilidad de seguir aumentando; está condenado al estancamiento e incluso a su decadencia a razón de la disminución del índice de beneficios.

Ahora bien, esta disminución de los índices de beneficios no afecta a todos los capitales ni a todas las industrias, sino que

ofrece a los grupos más poderosos, a los que gozan de una posición de monopolio, la posibilidad de eliminar las empresas más débiles, de acaparar su parte del mercado y llegar a monopolizar a toda la economía.

Ahora bien, los grupos monopolistas más poderosos están preparándose para una situación de este tipo. Estos grupos no se asustan demasiado de la necesidad de luchar contra la contaminación, de reciclar los recursos minerales, de respetar el medio ambiente. Muy pronto tendrán el monopolio de los equipos de descontaminación, de reciclaje y de producción de contaminantes, equipos que ellos mismos venderán a precios «competitivos» a sus propias filiales y a un precio diferente, más elevado, a los demás clientes, asegurándose así un sobrebeneficio.

En una segunda fase, cuando se hayan eliminado completamente del mercado estos otros clientes, los grupos más poderosos habrán conquistado el monopolio de la producción y venta de aire no contaminado, de agua potable, de minerales reciclados, etcétera. Gracias a lo cual podrá iniciarse un nuevo ciclo de acumulación, basado en la capitalización de la misma naturaleza, en la apropiación por el capital de la totalidad de los factores y condiciones que permiten la vida en la Tierra. Así se habrá rizado el rizo; la ley del beneficio habrá invadido los últimos enclaves de la naturaleza; hasta el mismo aire se habrá convertido en mercancía; el totalitarismo del capital habrá alcanzado su apogeo y, con él, la monopolización de la economía.

Tal es la pendiente natural de la evolución recién iniciada y que porta dentro de sí los gérmenes de la crisis final y los del más bárbaro de los despotismos, prefigurado en cierto modo por los genocidios mecánicos y químicos del Vietnam y de Angola; por los gobiernos torturadores de Turquía, Irán, Argentina, Brasil, etcétera; por el esclavismo sud-africano, apoyado por el oro y los aviones «Mirage»... Esta evolución es totalmente opuesta a la idílica, preconizada por Siccó Mansholt. El tipo de no-crecimiento que éste nos propone, se basa en una planificación central desmultiplicada, cuyas normas imperativas si bien libremente aceptadas, no permitirán la acumulación del capital. El capital tendrá únicamente derecho a multiplicarse lo más lentamente posible, ya que tanto los bienes de inversión como los de consumo tendrán también una vida lo más larga posible. Así no sólo se impedirá el crecimiento del capital, sino que se reglamentará

de modo muy estricto su plazo de amortización. La regla de oro de esta política de equilibrio será, en resumidas cuentas, la persecución del índice de **beneficio mínimo**, y no del **máximo** como hasta ahora.

Eso representaría evidentemente el fin de la economía capitalista. Los propietarios o funcionarios del capital no tendrán derecho ni a acumular, ni a amortizar, ni a invertir conforme a sus intereses de capitalistas. ¿Qué les quedará entonces? Les quedará lo que Marx llama «revenue»; es decir, unos beneficios destinados no a ser capitalizados, sino a ser **gastados**. Ahora bien, Siccó Mansholt nos dice de este «revenue» que apenas procurará ventaja alguna a sus beneficiarios, ya que éstos no encontrarán bienes suntuarios que comprar con su dinero. Ni siquiera sentirán esa necesidad, pues, según Mansholt, la sociedad se habrá vuelto igualitaria; todo el mundo dispondrá de lo necesario, e incluso de lo superfluo, gracias al reparto central de las riquezas materiales, gracias a la gratuidad de los servicios colectivos y de las riquezas culturales. En resumidas cuentas, la política económica del equilibrio, tal y como la concibe Mansholt, conducirá a la extinción de la burguesía y del capitalismo de mercado. Pero a mí se me ocurre preguntar ahora: ¿quién diablos pondrá a punto esta política económica? ¿El aparato de estado? ¿Con qué medios? ¿En qué fuerzas sociales se apoyaría para promulgar sus leyes y, sobre todo, para conseguir su **aplicación**: es decir, para imponerlas a los capitalistas y provocar así su extinción? ¿No es esto totalmente utópico? ¿No suponen las reformas preconizadas por Mansholt una **revolución**?

Cuando se le formula esta pregunta, Mansholt da una respuesta evasiva, cuya exactitud parece sugerir que su autor tiene ocultas intenciones. «Los cambios necesarios deberán realizarse en interés de la sociedad entera». Nada más verdad. Pero, ¿quién es el portador, el sujeto posible de una transformación global efectuada en interés de la totalidad de la sociedad? ¿El Estado? Claro que no, y Mansholt tiene buen cuidado de no afirmar nada semejante como si fuese consciente de que el Estado es un estado de clase, de que esta sociedad es una sociedad de clase y de que el interés de esta sociedad de clases que representa el Estado no se confunde con el interés general. Únicamente tras la supresión de la sociedad de clases y del Estado podrá hablarse de interés general. Pero, ¿quién puede ser el agente de esa supresión?

Contestará por boca de Paul Mattick, el cual escribe en «Integration capitaliste et rupture ouvrière»:

«El fin del sistema capitalista (...) podría muy bien ir precedido de una simple modificación del sistema en el sentido del capitalismo de Estado. Una revolución de este tipo no sería en absoluto socialista, puesto que entrañaría únicamente la transferencia de los bienes de producción —y, consecuentemente, la administración de la producción y la distribución— a manos de formaciones políticas que se confunden con el Estado. El proletariado seguiría siendo una clase dirigida, incapaz de forjar por sí misma su propio destino... Los

productores (...) no habrían hecho más que cambiar un tipo de esclavitud por otro, y nada hay que demuestre la superioridad de éste sobre aquél... «Hablar de un cambio social destinado a eliminar el sistema de vida capitalista equivale a hablar de revolución del proletariado, debido a que únicamente esta clase específica es capaz, desde el punto de vista de la producción, de transformar la sociedad en una comunidad sin clases y racional». «El socialismo no puede ser obra de un simple cambio de gobierno... La nueva sociedad será consecuencia de un gigantesco combate en el que habrán de utilizarse todos los medios disponibles».

Herbert Marcuse

La lucha por la extensión del mundo de la belleza, de la no violencia, de la tranquilidad es una lucha política.



Viniendo como vengo de los Estados Unidos, siento cierto embarazo al hablar del movimiento ecológico, en gran medida ya recuperado por el poder. En aquel país, los grupos militantes, y particularmente los jóvenes, tienen una necesidad más imperiosa: la de combatir con todos los medios disponibles (¡por desgracia, muy limitados!) los crímenes de guerra cometidos contra el pueblo vietnamita. El movimiento estudiantil, para muchos muerto o agonizante, cínico y apático, está experimentando un renacimiento en todo el país. No se trata tanto de una oposición organizada cuanto de un espontaneísmo que se organiza como puede, provisionalmente, a nivel local. Pero la revuelta contra la guerra de Indochina es el único movimiento de oposición que el orden establecido no puede recuperar, y ello porque la guerra neocolonial forma parte integrante de la revolución global, que es la forma más avanzada del capitalismo de monopolio.

Entonces, ¿por qué discutir de

ecología? Porque la violación de la Tierra es un aspecto esencial de la contrarrevolución. La guerra, genocidio contra el pueblo, es igualmente «terrible», en la medida en que ataca las fuentes y recursos de la vida misma. No basta terminar con los hombres vivos: es preciso negar la existencia a los que aún no han nacido incendiando y envenenando la tierra, defoliando los bosques, haciendo saltar los diques. Esta sangrienta locura no modificará el curso de la guerra, pero traduce fielmente la situación del capitalismo contemporáneo: el cruel despilfarro de las fuerzas productivas en la metrópoli del imperialismo entraña el despilfarro, igualmente cruel, de las fuerzas destructivas y el consumo de las mercancías mortales fabricadas por la gran industria bélica.

En un sentido muy específico, el genocidio y el terrorismo en Indochina son la respuesta capitalista al esfuerzo ecológico revolucionario de liberación: las bombas están destinadas a impedir la

rehabilitación económica y social de la tierra emprendida por el pueblo nortvietnamita. Pero en un sentido más amplio, el capitalismo monopolístico se ha empeñado en una guerra contra la Naturaleza: la naturaleza del hombre y la Naturaleza exterior. Porque las exigencias de una explotación cada vez más intensa chocan con la Naturaleza misma, por cuanto ésta es a la vez fuente y sede de los instintos de vida que luchan contra los instintos de agresión y destrucción. Y las exigencias propias de la explotación limitan y malgastan progresivamente los recursos: a medida que aumenta la productividad capitalista, crece su poder de destrucción. Es esta una de las manifestaciones de las contradicciones internas del capitalismo.

Cambiar la naturaleza del hombre y de su medio natural para "civilizarlo" —es decir, para convertirlo en sujeto-objeto de la sociedad de intercambio—, tal ha sido una de las funciones esenciales de la civilización: supeditar el principio del placer al principio de la realidad, transformar al hombre en un instrumento de trabajo cada vez más alienado. Esta transformación brutal y penosa ha repercutido negativamente sobre la Naturaleza exterior. Ciertamente, la Naturaleza ha sido siempre una dimensión (durante largo tiempo la única) del trabajo. Pero al mismo tiempo ha sido una dimensión más allá del trabajo: imagen de la belleza, de la tranquilidad, de un orden no represivo. Gracias a esos valores, la Naturaleza aparecía como la negación misma de la sociedad de intercambio, basada ésta en el beneficio y la utilidad.

Sin embargo, el mundo natural es un mundo histórico, un mundo social. Incluso como negación de la sociedad agresiva y violenta, la Naturaleza pacificada es obra del hombre (y de la mujer), obra de su productividad. Ahora bien, la productividad capitalista es expansionista por su misma estructura: reduce progresivamente el espacio natural que queda fuera del mundo del trabajo y del tiempo libre organizado y manipulado.

El proceso mediante el cual la Naturaleza es sometida a la violencia de la explotación y la contaminación es económico (aspecto del modo de producción), pero también político. El poder del capital se extiende sobre la Naturaleza en cuanto espacio de liberación, de escape. Es la tendencia totalitaria del capitalismo de monopolio: es preciso que el individuo reencuentre en la Naturaleza su propia sociedad; la huida y la "contestación" constituyen una peligrosa dimensión que hay que eliminar a toda costa.

En la actual fase de desarrollo, la contradicción absoluta entre la riqueza social y su empleo destructor comienza a penetrar en la conciencia de los hombres, incluso la conciencia y el inconsciente manipulados y adoctrinados. El individuo siente, sabe que ya no es necesario vivir como instrumento de trabajo y de ocio alienados. Siente, sabe que el bienestar no depende ya de un crecimiento perpetuo de la producción. La revuelta de los jóvenes (estudiantes, obreros, mujeres) constituye la subversión en nombre de todos los valores que rigen el sistema capitalista. Y esta revuelta se orienta hacia la búsqueda de un entorno natural y técnico radicalmente distinto, visión ésta que se convierte en base de experiencias subversivas: intentos de establecimiento de "comunidades" destinadas a eliminar la alienación en las relaciones entre los sexos, entre las generaciones, entre el hombre y la Naturaleza; esfuerzos tendentes a apoyar y sostener la conciencia del rechazo, de la renovación.

En este contexto extremadamente político, el movimiento ecológico ataca el living space del capitalismo, la extensión del dominio de los beneficios, del derecho productivo. Sin embargo, la lucha contra la contaminación es fácilmente recuperada. Hoy apenas hay publicidad que no exhorte a la salvación del medio ambiente, que no recomiende poner fin a la contaminación y al envenenamiento de la Naturaleza. Se crean numerosas comisiones para controlar a los culpables. Ciertamente, el esfuerzo ecológico puede servir para embellecer el entorno y hacerlo más agradable, menos horroroso, más sano y, por consiguiente, más soportable. Se trata, evidentemente, de una recuperación, pero es, al mismo tiempo, un elemento de progreso, puesto que a través de esta recuperación comienzan a manifestarse en el mismo seno del capitalismo cierto número de necesidades y aspiraciones que poco a poco cambian el comportamiento de los hombres, su experiencia y su actitud hacia el trabajo. Las reivindicaciones económicas y técnicas son superadas por una "contestación" que cuestiona el mismo modo de producción y el modelo de consumo.

En un sentido más amplio, la lucha ecológica se ve obstaculizada por las leyes que rigen el sistema capitalista: ley de acumulación creciente de capital, creación de plusvalía, de beneficios, necesidad de perpetuar el trabajo alienado, la explotación. La lógica ecológica es la negación pura y simple de la lógica capitalista; no se puede salvar la Tierra den-

tro del marco del capitalismo, el tercer mundo no puede desarrollarse según el modelo del capitalismo.

En última instancia, la lucha por la extensión del mundo de la belleza, de la no violencia, de la tranquilidad, es una lucha política. La insistencia en estos valores, en la restauración de la Tierra como entorno humano, no es solamente una idea romántica, estética, poética, que sólo concierne a los privilegiados: hoy es una simple cuestión de supervivencia. Es preciso que los hombres aprendan por sí mismos que es indispensable cambiar los modelos de producción y de consumo, abandonar la industria de los artefactos bélicos, la industria del despilfarro puro y simple, para sustituirla por una basada en la producción de objetos y servicios necesarios para una vida de trabajo limitado, de trabajo creador, de auténtico disfrute.

El fin sigue siendo el mismo: el bienestar; pero se trata esta vez de un bienestar que no se define mediante un creciente consumo a costa de un trabajo cada vez más intenso, sino que se basa en la conquista de una vida liberada del miedo, de la esclavitud del salario, de la violencia, de la fetiche, del estrépito infernal de nuestro mundo industrial capitalista. No se trata de embellecer lo abominable, de ocultar la miseria, de desodorizar lo hediondo, de adornar con flores las cárceles, los Bancos, las fábricas; no se trata de purificar la sociedad existente, sino de sustituirla por una nueva.

La contaminación y el envenenamiento son datos mentales tanto como físicos, subjetivos lo mismo que objetivos. La lucha en pro de un entorno que asegure al individuo una vida más feliz, podría reforzar en éste las raíces instintivas de su propia liberación. Si los hombres no son capaces de distinguir entre hermosura y jaldad, entre tranquilidad y alboroto, es que desconocen la cualidad esencial de la libertad, de la felicidad. En la medida en que se convierte en entorno del capital en vez de entorno del hombre, la Naturaleza contribuye a reforzar la servidumbre humana. Estas condiciones tienen su origen en las instituciones de base del sistema establecido, para el cual la Naturaleza es, en primer lugar, objeto de explotación rentable.

La auténtica ecología debe desembocar en un combate en pro de una política socialista que afecte a las raíces mismas del sistema, y ello, a dos niveles diferentes: el del proceso de producción y el de la conciencia utilizada de los individuos.

Edgar Morin



La conciencia ecológica no debe verse limitada ni por la tecnología ni por el "marxismo exorcizante"

¿Qué es la conciencia ecológica? En primer lugar, el descubrimiento del llamado medio ambiente de la llamada Naturaleza constituye un **ecosistema**, es decir, una unidad viva y extremadamente compleja, formada por las interrelaciones entre un gran número de especies vegetales y animales.

En segundo lugar, el descubrimiento de que todo ser vivo es un «sistema abierto», al mismo tiempo autónomo y dependiente del ecosistema. Cuanto más ha evolucionado ese ser, más autónomo, más complejo, más dependiente del ecosistema se nos muestra. La gran ley de la relación «ecosistémica» es la de la dependencia de la independencia. Así, cuanto más autónomo como individuo es el hombre, tanta mayor necesidad tiene de la sociedad; cuanto más alto es el nivel de desarrollo alcanzado por la sociedad, tanta mayor necesidad tiene ésta de la Naturaleza.

La conciencia ecológica es, por último, el descubrimiento de que el crecimiento industrial actual

ECOLOGIA Y REVOLUCION

tiene un carácter fatal si prosigue su carrera exponencial, es decir, hacia el infinito, hacia la muerte. Dicho crecimiento tiende de hecho a arruinar el ecosistema mediante una explotación insensata, tiende a asesinarlo mediante el envenenamiento de sus fuentes vivas: el agua, el aire, la tierra.

Así que, dada la relación ecosistémica de dependencia—independencia, ese crecimiento propende a la autodestrucción de la civilización por la destrucción del ecosistema.

Crecimiento exponencial no significa exactamente que las reservas disminuyen en función de la aceleración del crecimiento, sino más bien que el crecimiento es un fenómeno incontrolado. De donde la necesidad de modificar nuestra visión del mundo, de dejar de considerar el crecimiento industrial como fundamento del orden y de la regulación de la sociedad. El crecimiento debe aparecer, por el contrario, como una manifestación de desorden, un desencadenamiento de fuerzas no sólo creativas, sino también destructivas.

La conciencia ecológica nos plantea, pues, un problema de una profundidad y una amplitud extraordinarias. Al mismo tiempo hemos de hacer frente al problema de la vida en el planeta Tierra, el problema de la sociedad moderna y el del destino del hombre. Todo eso nos obliga a poner en cuestión la orientación misma de la civilización occidental, que ha triunfado sobre la base de tres principios organizadores, principios que son hoy causa de su ruina: separación cartesiana del hombre-sujeto en un universo de objetos manipulables (fundamento del humanismo moderno); la ciencia concebida como conocimiento objetivo que no se preocupa de su propio sentido ni de su fin, y que, por esa misma razón, se convierte en instrumento de todo tipo de poderes y potencias; la idea burguesa, y luego marxista, del hombre conquistador de la Naturaleza, últimamente convertido en Genis Khan del sistema solar.

La conciencia ecológica corre graves riesgos casi nada más nacer. En primer lugar, el riesgo de reducirlo todo a un problema estrictamente ecológico, cuando su característica principal consiste en acoplar realidades que no son sólo complementarias, sino antagónicas, y que plantean problemas terriblemente complejos; es decir, ambivalente. Pero hay también otro riesgo: el de reducir el problema ecológico a sus componentes técnicos, el de disolverlo en fórmulas convencionales y rituales de salvación revolucionaria.

La reducción tecnocrática está ya en acción. Se reduce la degradación del ecosistema a simples problemas de contaminación. Cada tipo de contaminación puede aislarse en orden a ser combatido con un remedio técnico específico. Pero al mismo tiempo se escamotea el problema general, que no es un simple problema de eliminación de basuras, sino uno de organización general de la sociedad, de relación hombre-Naturaleza, de futuro industrial. La tecnología puede, ciertamente, poner parches, pero no transformar el sistema. La técnica, remedio parcial, es también un aspecto del mal, por cuanto destruye el sentido global del problema y porque no dispone de autocontrol suficiente.

La noción de «crecimiento cero» tiene el mérito de plantear globalmente el problema general de la industria, del consumo de la calidad de la vida, y al mismo tiempo, de modo implícito, el de la reorganización de la sociedad. Pero esta fórmula peca igualmente de reduccionismo tecnocrático: concede prioridad a los términos tecnológico-económicos. Propone un mito de equilibrio a una especie humana que es desequilibrada por naturaleza, una especie sujeta a un devenir irreversible. Antes de decidir sobre el no-crecimiento es preciso integrar esta noción dentro de la de desarrollo, entendiendo esta última noción en un sentido que no sea única y exclusivamente económico. La disminución del ritmo de crecimiento no puede cobrar pleno sentido si no se hace explícita la necesidad de la aceleración, de la amplificación, de la metamorfosis, de la mutación del desarrollo. No se puede frenar, más que si se sabe igualmente acelerar.

La noción de desarrollo total y multidimensional del hombre supone, pues, una radical transformación del orden social. Pero aquí nos topamos con otro tipo de reduccionismo: el del marxismo ortodoxo, el de los marxismos oficiales, que, como sistemas cerrados que son, reaccionan de modo conservador, se niegan a absorber ecologismo más que en pequeñas dosis por miedo a desorganizar la doctrina. Llevada esa tendencia a un caso límite, tendremos un marxismo exorcizante que funciona a base de letanías purificadoras: «lucha de clases, capitalismo, socialismo». Todo aquel que se atreva a criticar el sistema, se verá calificado inmediatamente de «agente de la burguesía», «revisiónista», etcétera. Hay que exorcizar toda crítica.

No obstante, a partir de 1967 se han producido tomas de conciencia capitales, tanto dentro

del marxismo como dentro del sistema opuesto. Ahora se empieza a entender que la revolución no consiste necesariamente en la abolición del capitalismo, en la liquidación de la burguesía, puesto que la máquina social reconstituye, reproduce una nueva clase dominante, una nueva estructura opresiva. Se empieza a comprender que hay en la raíz de la estructura fenoménica de la sociedad, estructuras generativas que rigen tanto la organización de aquella como la organización de la vida. Tal es el sentido profundo de un término, por otro lado, tan mitificado, lo mismo en el Este que en el Oeste, como es el de «revolución cultural». Tal es, por último, el sentido profundo de una puesta en tela de juicio de la técnica y la ciencia. No se trata de devaluar la ciencia, sino de descubrir su rostro oculto. Todo lo que ha fundamentado hasta ahora la prodigiosa grandeza de aquella tiene también su reverso. La ciencia contribuye a la vez al desastre ecológico y antropológico, porque, al igual que la técnica, fragmenta los problemas, convirtiéndose en puro instrumento.

Los sabios atómicos han sido los primeros atomizados: su propia importancia los ha aterrizado. El problema de la ciencia debe reconsiderarse en función del desarrollo.

El tiempo apremia, y ahora vemos, por fin, que el desarrollo se ha convertido en una cuestión de vida o muerte.

Se ha iniciado la marcha de la muerte. La primera advertencia la dio Freud, antes incluso de que llegase Hitler: según Freud, la civilización produce a la vez que bienestar, un fuerte malestar, debido a la explosiva acumulación de las fuerzas libidinales reprimidas. La segunda advertencia fue la de Hiroshima. El tercer aviso lo constituye la alerta demográfica, relacionada con los peligros que entraña el crecimiento exponencial de la población. La cuarta advertencia es la ecológica: peligros del crecimiento industrial.

Es preciso que comprendamos de una vez que todos estos mecanismos están estrechamente ligados unos a otros dentro de un gigantesco mecanismo de muerte: la crisis de la civilización, la carrera de armamentos y la generalización de las armas nucleares, la explosión demográfica, el crecimiento industrial. A veces, todo ello se concentra en un monstruoso absceso, como ocurre en Vietnam. El armamento, la serie industrial, la ciencia, están inscritos en una especie de triángulo de la muerte. Esto significa el desencadenamiento de increíbles fuerzas energéticas impulsadas por la potencia del beneficio, pero al mismo tiempo

al servicio de la potencia. Porque es estúpido creer que todos los males de la Humanidad se centran en una sola palabra: capitalismo. Los despotismos y atrocidades precapitalistas, que abarcan milenios, y los despotismos y atrocidades poscapitalistas, que pueden igualmente llegar a abarcar milenios, están ahí para dar testimonio.

En este sentido, la muerte no es teórica, sino que puede extrapolarse directamente de los procesos en curso. La muerte es probable desde un punto de vista estadístico, pero sabemos también que todos los acontecimientos creadores en la evolución han sido siempre estadísticamente improbables.

Es desde este punto de vista desde el que hay que considerar las apocalípticas advertencias lanzadas primero por los poetas, los soñadores, los «hippies», y ahora también por los sabios, como el equipo Meadows, del MIT. Los cálculos tal vez sean falsos tomados aisladamente; los datos, quizá insuficientes, y técnicamente puede decirse, individualizando cada problema, que no hay problema que no sea técnico. Pero del mismo modo que el ojo de la rana, aun cuando ésta se infle igual que un buey, es incapaz de apreciar la forma de los objetos en movimiento captados por su retina, el tecnócrata de hoy no distingue la forma general que se hace y deshace. Si resulta que, si los apocalípticos se equivocan, es porque se habrá producido lo improbable. Y en este sentido, al menos, tendrán razón, pues serán ellos quienes lo hayan preparado.

¿De qué se trata, pues? Quisiera emplear una fórmula original de Michel Serres: «El problema consiste actualmente en dominar no a la Naturaleza, sino el propio dominio». Se trata de entablar un nuevo combate en pro de la hominización. Combate ciertamente difícil, como todo combate que rebasa las antiguas alternativas. Así, cuando Marx entra en escena, la gran alternativa es entre república y monarquía, burguesía y aristocracia, y la irrupción de las ideas de comunismo y de proletariado parecen ridículas e infames. De igual modo, hoy, como en la época de Marx, el problema está en constituir una ciencia y una teoría nuevas en lugar de disolver los elementos nuevos en la vieja teoría. El problema estriba en una transformación radical. El propio término de revolución se ha debilitado considerablemente, ha cobrado un carácter demasiado unidimensional. En el umbral del tercer milenio es preciso comprender que revolucionar, desarrollar, sobrevivir, vivir, morir, son cosas que van inseparablemente ligadas.

**¿ Conseguir impresos instantáneos...
o rebajar el precio
actual de sus fotocopias ?**

Gispert mata estos dos pájaros de un tiro.

Gispert dispone de excelentes equipos offset de oficina: AB DICK y GEHA.

Con ellos, usted se convierte en cliente de su propia imprenta. Y sólo una cosa no varía: La calidad de impresión. Todo lo demás cambia en beneficio suyo. Especialmente el precio. Pero usted ya sabe que este precio tampoco es razonable cuando se requieren menos de 500 ejemplares. Cuando precisa 100, por ejemplo, recurre a la fotocopidora. Pero, atención: ¿ Ya sabe que utilizar la fotocopidora para más de 15 ejemplares es un lujo asiático? ... Entonces... ¿ Qué hacer cuando se precisan 100 ejemplares ?

Gispert tiene la solución: Sincronizar la fotocopidora con el equipo offset. Y esto - que en Gispert le llamamos Sistema 9000 - funciona así: 1º - Se obtiene una fotocopia del original a reproducir. 2º - Se coloca la misma en el equipo offset y se obtienen los 100 ejemplares a un precio muy razonable.

AB DICK *Geha*
Las grandes marcas internacionales



GISPERT, s.a.

Automación de la gestión empresarial
Sistemas • Equipos • Servicio

Barcelona (1) Provenza, 206 Tel. 253 84 07 / Madrid (1) Lagasca, 64 Tel. 295 93 80
53 Oficinas y Talleres en toda España.



ECOLOGIA Y REVOLUCION

Ramón Tamames



Expansión demográfica sin freno, amenaza creciente de deterioro del medio y peligro atómico permanente son tres razones para pensar que el gobierno mundial no puede estar lejano...

La revista TRIUNFO nos invitó al profesor José Luis Aranguren y a mí a participar, "en diferido", y en un escenario muy distinto, en el debate que el Club de "L'Observateur" celebró en París el pasado día 13 de junio. De inmediato acepté esa invitación, incluso antes de conocer los textos de la discusión, pues desde un principio supuse que serían de gran interés, en base a la calidad, ya contrastada, de los participantes en el coloquio.

Ahora, después de haber leído las intervenciones de Bosquet, Morin y Marcuse, reproducidas en este mismo número de TRIUNFO —y las de Mansholt, Maire, Goldsmith y Saint-Marc, no incluidas, supongo que por razones de espacio—, no puedo por menos de ratificarme en una conclusión previa que tuve ocasión de expresar hace casi dos años: "La certidumbre de hallarnos inmersos en una época en la que se vislumbra

ya como próximo lo que tal vez ha de ser el definitivo despertar de la Humanidad, el final de su larga Prehistoria de luchas y contiendas...".

La empresa en que hoy se debate el mundo, para la conquista de las definitivas libertad y solidaridad del hombre con sus hermanos, no es tarea fácil. Todo alumbramiento supone un esfuerzo, y éste, la máxima esperanza, no será una excepción. Pero la meta está clara, y el enemigo común, por doquier, se halla identificado o en trance de serlo, y así, el imperialismo, el dominio colonial, las aspiraciones de control y la pretensión de detentar una absoluta superioridad no tienen otro remedio que disfracarse con ropajes más sutiles...

Podrá decirse que todo lo anterior no pasa de ser un simple ejercicio de autosatisfacción para "ver" el futuro en la forma en que uno mismo lo desea o pretende deseárselo. Y hasta cierto grado, ello es verdad. Pero tampoco debe dejarse caer en el olvido que la visión y la conciencia de la inevitabilidad del cambio va haciéndose cada vez más general; de modo que si en el pasado esa esperanza aún podía llamarse utopía, hoy se presenta como algo muy verosímil. Incluso existen bases objetivas para fundamentar lo que ya difícilmente cabría calificar de mera intuición, y todas ellas tienen como base común un hecho bien ostensible: el hombre, en su desarrollo social, se ha acercado a sus propios límites, a unas barreras que no podrá sobrepasar en la misma secuencia incambiada de lo que fue su comportamiento hasta ahora. La aceleración tecnológica podrá alejar temporalmente esas barreras, pero los límites, inexorablemente, acabarán por hacerse efectivos. En tres casos diferentes, esto parece claro.

1. El progreso de las ciencias médicas y de la sanidad establecen una primera limitación, y resulta tan puramente obvia, que el margen de su posible discusión va quedando más y más menguado. La Humanidad no podrá seguir creciendo como lo ha hecho en los últimos tres decenios. Y no simplemente porque a una o dos generaciones no vaya a haber recursos para todos. A un plazo, digamos, de cincuenta años, el problema de los medios para sobrevivir podrá seguir resolviéndose, por lo menos al mediocre nivel de sobrevivencia que hoy padecen la mayoría de los humanos. A más largo plazo, ni siquiera eso resultará posible. Así, pues, el control de la natalidad, más o menos tarde, tendrá que generalizarse. Y es que, además, ese control se presenta ya actualmente como la única forma posible de resolver —en una sociedad donde los medios de in-

formación de masas hacen los contrastes más duros y menos soportables— los problemas que atenazan a la mayoría de los hombres: vivienda, educación, cultura, libertad... En una sociedad humana de vidas mediocres, de trabajo envilecido, de sordidez social, ¿serían alcanzables tan elementales objetivos? La respuesta tiene que ser negativa.

Podrá pensarse que con estos argumentos estamos alineándonos con turbios propósitos imperialistas de que el tercer mundo crezca menos rápidamente, o que establecemos una conexión igualmente oscura con un problema secundario en relación con la verdadera clave, hoy, de los países subdesarrollados: su lucha para salir del subdesarrollo, una lucha dirigida ante todo contra el imperialismo.

Ni una ni otra cosa podrán argüirse con una base consistente. ¿Qué no pueden preferir los elementos más "tradicionales" del mundo desarrollado sino un tercer mundo numeroso, prolífico, que con su amplio ejército de reserva y sus problemas sin fin trabaje para ellos barato en la gama de productos con menor valor añadido, y que, además, les compre los productos más "sofisticados" de la industria a altos precios? ¿No es ésta la situación actual y no es la que tiende a acentuarse? La vieja máxima, tantas veces citada —para justificar una prole abundante—, "cada hijo viene al mundo con un pan bajo el brazo", sólo es verdad para el capitalista con relación a las masas trabajadoras, y para los países industriales, respecto a los del tercer mundo.

Por otra parte, no parece que haya de ser fácil —o incluso simplemente posible— ganar la dura lucha para el desarrollo basándose en una extraña estrategia del número y no de la calidad y la precisión. ¿No se encubren, en cierto modo, los verdaderos problemas de los pueblos en subdesarrollo cuando se velan las consecuencias del ingente efectivo de sus masas humanas crecientes, de tal forma que su organización y culturización se hacen también crecientemente difíciles? ¿No se está posponiendo la solución de sus problemas y el aplazamiento de una fraternidad en la libertad cuando se menosprecia la antinomia —en buena parte real— de número y calidad, de proliferación y de calidad de vida material y espiritual?

2. Profundizando, también puede asegurarse que la propia forma del crecimiento, determinada por el modo de producción, habrá de modificarse necesariamente. Los problemas de la contaminación del medio y del progresivo deterioro de los equilibrios naturales han saltado a la luz pública y, sobre todo, ya es-

tán siendo objeto de una rigurosa cuantificación, que precisamente empieza a darnos la medida de su extrema gravedad. ¿Podemos permanecer impasibles cuando se discute sobre la progresiva consunción de la atmósfera, o incluso sobre la amenaza verosímil de su misma cobertura por una sombra de vapor de agua que podría —literalmente— helar la tierra? ¿Nos quedaremos inmutables ante la degradación de los recursos hidráulicos, la exterminación de las masas vegetales, regeneradoras de la atmósfera, y el envenenamiento de los eufémicamente llamados "mares libres"? Esas áreas de la Naturaleza son, todas ellas, escenarios de un derroche a escala universal que está corroyendo la base misma de nuestra vida en el planeta. La estructura del crecimiento y la organización de la producción social no podrán seguir siendo, por tanto, anárquicas como hasta ahora.

A causa de la civilización moderna, tan poco civilizada en este como en otros aspectos, se ha llegado a una situación de grave riesgo, ante la cual el triunfo de la razón tiene que servir de alerta si se quiere evitar que el extremo de peligro efectivamente se alcance. No son, pues, simples visionarios los que han alzado su voz para hablar de la "mundialización de los recursos", una primera aproximación a una doctrina antinacionalista y universal que pronto reclamará "la Tierra para sus habitantes".

Como en el caso anterior, también podrá decirse que esta preocupación "macroecológica" forma parte de una fácil literatura de evasión al uso, destinada a eludir la discusión a fondo de problemas más urgentes. Nuevamente aquí nos vemos acechados por la maleza de palabras y razonamientos; para desbrozarla y abrirnos un camino a través de ella, habrá de recordarse que ecología y formas de producción tienen relaciones funcionales que sólo actualmente están poniéndose en claro, y que, por tanto, mientras las formas de producción —y fundamentalmente la capitalista— no evolucionen hacia características más progresivas, todo lo que se diga sobre ecología, deterioro del medio, urbanismo, etcétera, no pasará de ser, efectivamente, sino pura ciencia-ficción. Peor aún: todo podría quedarse en una sibilina actitud de oscurecimiento de la realidad, contaminándola —valga la paradoja— con una auténtica niebla de inconsistencias.

Por ello, si suscitamos la cuestión es porque se halla, a fin de cuentas, íntimamente imbricada con el tema clave de los sistemas económicos. ¿Será posible una política ecológica a escala mundial en el caso de que prosiga el antagonismo de sistemas

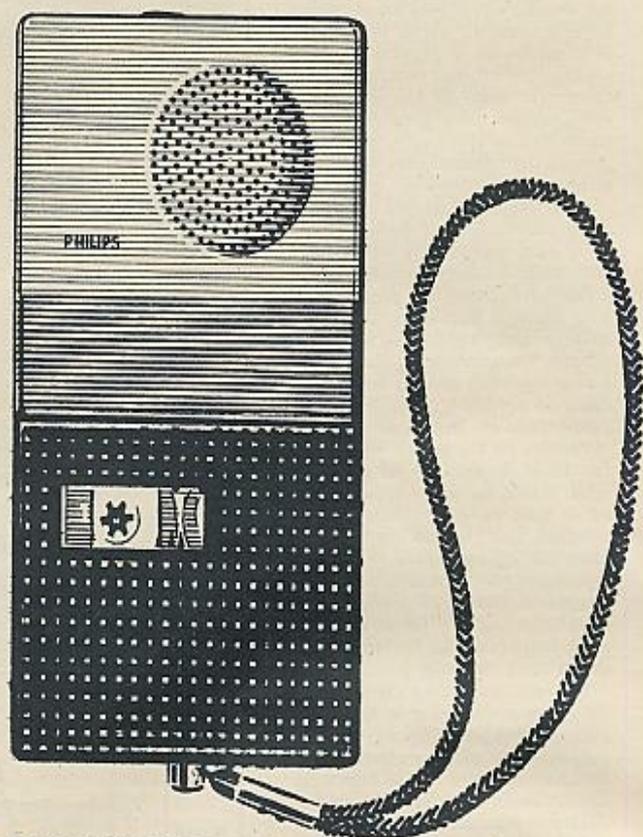
¿Fiarse de la memoria... o del bloc de notas?

**De la memoria
(electrónica de bolsillo
Pocketmemo Philips)**

**Porque siempre
es más práctico dictar
que escribir.**

Con Pocketmemo Philips
(la agenda electrónica de bolsillo)
puede -por ejemplo- grabar
los temas tratados en la entrevista reciente,
mientras efectúa el viaje de regreso,
en lugar de escribirlos en su bloc de notas
al llegar a la oficina. Con ello, no tiene
que fiarse de la siempre traicionera memoria
y además deja de perder los 15 minutos
que emplearía escribiendo.

Agenda electrónica Pocketmemo Philips:
Para quienes no se fián de la memoria.
Para quienes 15 minutos son muy importantes.



PHILIPS
La gran marca internacional

GISPERT, s.a.

Automación de la gestión empresarial
Sistemas • Equipos • Servicio

Barcelona(1) Provenza 206 Tel. 953 84 07

Madrid(1) Legasca 64 Tel. 225 93 80

53 Oficinas y Talleres en toda España.

ECOLOGIA Y REVOLUCION

y la psicosis de crecimiento a costa de todo, de hombres y de medio y de medio-humano? La atención que se preste a estos problemas será uno de los factores que decisivamente habrán de influir en la caracterización de cuál de los sistemas ha de considerarse como el más humano y el más solidario con los intereses de todos los hombres, pues nos encontramos ante un elemento determinante de la forma de vida cotidiana, y es ésta la que —salvo en etapas transitorias— constituye uno de los indicadores efectivos para juzgar un sistema. Y a la inversa, es una exigencia del capitalismo —y del propio socialismo— la transformación profunda de sus métodos de producción para hacer frente a esos nuevos problemas de naturaleza indudablemente social.

Por otra parte, la demografía y la ecología habrán de ir imponiendo una redistribución del propio crecimiento industrial a escala mundial, ante la irracionalidad de llevarlo a cabo de forma polarizada, en megalópolis ingobernables en los países industriales. En el futuro, eso no será posible sobre la base únicamente de lo que va convirtiéndose en falacias tales como las economías de aglomeración, "versus" economías subdesarrolladas; cuando la fuerza de trabajo que expulsa en estas últimas su campo superpoblado se hacina en ciudades cada vez más parasitarias.

En resumen, tampoco el tema de la conservación y la restauración del medio es un intento de evasión si se plantea conectándolo estrechamente con la lógica de los sistemas económicos y la necesaria reestructuración del desarrollo a escala mundial.

3. Pasamos ahora a la tercera de las grandes cuestiones que esbozan el escenario en que se produce y reproduce la estructura económica internacional. Me refiero a la forma de dirimir los conflictos y tensiones internacionales, que en el porvenir tampoco podrán seguirse "resolviendo" como hasta ahora, por medio de la guerra. En este caso, como en los otros dos ya señalados, la propia tecnología ha creado —medible esta vez no en términos de explosión demográfica o en contenido en CO₂, sino en megatonnes— un poder de destrucción que, en el supuesto de desencadenarse, produciría el fin de la vida y haría de nuestro "hábitat" de ahora el "planeta silencioso" a que algunos ya se han referido.

Y para que tal evento quede eliminado, no bastará con seguir recurriendo —como ya se ha hecho perfectamente usual— a las guerras localizadas, "fácilmente controlables", pero que, aparte de su propia brutalidad y esterilidad, en un momento dado podrían desatar la inmensa capaci-

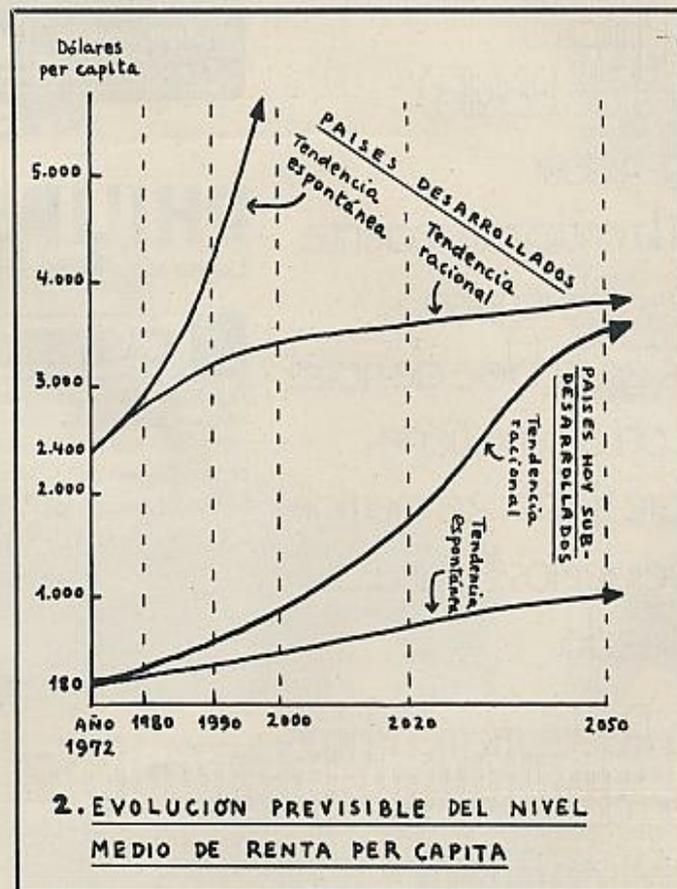
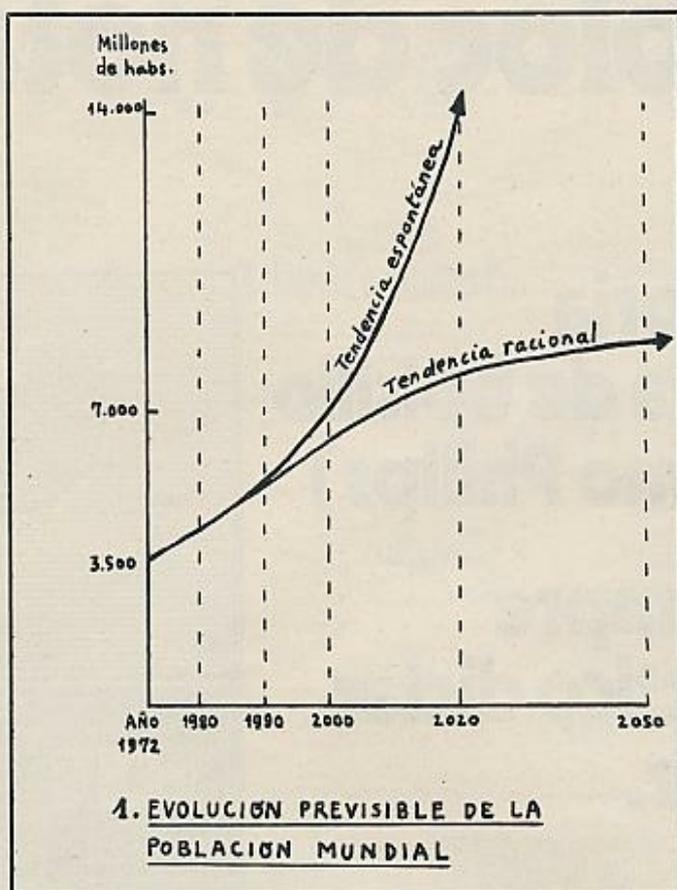
dad termonuclear ya almacenada y que no deja de ir en aumento.

Por otra parte, es la carrera armamentista uno de los factores que más claramente están frenando el desarrollo económico mundial. Dos de las cuatro grandes potencias "invierten" todos los años alrededor de un 10 por ciento de su Producto Nacional Bruto (P.N.B.) en "defensa", mientras, al mismo tiempo, rehúyen el compromiso de dedicar el 1 por 100 de ese mismo PNB a la formación del proyectado Fondo de Solidaridad Internacional en Pro de los Subdesarrollados. Por tanto, serían muchos los argumentos esgrimibles para detener la carrera. Sobre todo, si a ello agregamos el hecho de que la multiplicidad de conflictos y tensiones locales mantienen y traen igualmente sumas importantes —y en el fondo proporcionalmente mayores— de la magra formación bruta de capital de gran parte del tercer mundo. ¿De qué soluciones puede hablarse a plazo medio, si por doquier una gran dosis de la acumulación se dirige a crear un material ingente de destrucción y de muerte?

Sería ingenuo, por supuesto, pensar que con una serie de llamamientos concatenados en favor de la paz se logrará algo. Pues la clave de la cuestión estriba en que si bien cada vez más discutidas desde dentro y desde fuera las aspiraciones hegemónicas, las apetencias de poder nacional, etcétera, se mantienen vivas; incluso entre países que están dentro de un mismo sistema. Sólo la amenaza del tan citado "holocausto" podrá sentar las bases de una nueva etapa en esta cuestión, abriendo así la vía hacia un desarrollo económico y social que contribuya a dar a luz una nueva estructura económica internacional.

Expansión demográfica sin freno, amenaza creciente de deterioro del medio y ruptura de los equilibrios naturales y peligro atómico permanente, son tres razones para pensar que el gobierno mundial no puede estar lejano... a menos que deje de haber motivo para que, a falta de nada que gobernar, se haga innecesario ese gobierno mundial.

Ciertamente, podrá aseverarse que todas las reflexiones hechas hasta aquí caen prácticamente en el campo del lugar común. Quizá hubiese sido más "técnico", más "erudito" o más "científico" dedicarnos a temas menos sombríos, y también menos generalizados en boca de los que generalmente se llaman agoreros, contestatarios y visionarios, pero que, a la postre, no son otra cosa que los portadores de los heraldos de una —la primera— revolución mundial. Aunque esto parezca a muchos algo realmente utópico, uno no se arredra a que vuelvan a decirle que es un ilu-



La memoria programada de una Facit...

¿Algo imprescindible o sólo un alarde técnico?

Un alarde técnico imprescindible.

En las máquinas de escribir Facit se han introducido diversos perfeccionamientos. Quizás a primera vista no se noten. (Lo único que se nota a primera vista es que se trata de una máquina de escribir elegante.) Pero tan pronto como se ponen los dedos sobre el teclado, usted ya se da cuenta de que su inclinación está perfectamente estudiada.

Y examinando la máquina más detenidamente, se comprueban todos los perfeccionamientos introducidos: Nuevas teclas con nuevos símbolos, memoria programada en combinación con el sistema de tabulación, retorno del carro sin avance de interlínea...

Perfeccionamientos imprescindibles cuando se haya acostumbrado a ellos.

FACIT

La gran marca internacional



GISPERT, s.a.

Automación de la gestión empresarial
Sistemas-Equipos-Servicio

Barcelona(1) Provenza 206 Tel.253 84 07

Madrid(1) Legasa, 64 Tel.225 93 80

53 Oficinas y Talleres en toda España.



ECOLOGIA Y REVOLUCION

so o un pesimista —los objetivos preferidos de quienes se sienten seguros y triunfales— y poder insistir en todos los mencionados puntos de reflexión, y que, a no tardar, serán la clave de una verdadera acción a escala internacional.

Una aclaración he de hacer: los pasajes anteriores, desde el primer entrecuadro hasta aquí, no están escritos ahora. Son extractos de la nota preliminar que redacté para mi libro "Estructura Económica Internacional", que lleva fecha del 3 de noviembre de 1970. Me pareció que sería útil reproducir aquí estas palabras por tres razones. La primera, para subrayar la universalidad —y, por tanto, España incluida— de la inquietud que se refleja en el debate de "L'Observateur", inquietud que, por cierto, no data precisamente de la Conferencia de Estocolmo, clausurada hace sólo unos días. La segunda razón —y que se me disculpe por lo que en ello pueda haber de vanidad— radica en subrayar que el tema nos interesaba a no pocos, ya antes de que la preocupación oficial por el problema se tradujese en nuestro contaminante mundo administrativo hispano en algunas disposiciones oficiales dictadas con apremio, un poco "para que llegasen a tiempo" —podría decirse— a fin de garantizar de citas legislativas a la copiosa delegación gubernamental española que asistió a la Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Medio Humano.

La tercera razón que me llevó a incluir un texto anterior mío como respuesta a TRIUNFO es, simplemente, mostrar mi consenso —ex ante, podríamos decir— con gran parte de las opiniones vertidas por los participantes en el coloquio del Club "L'Observateur". Lo cual tampoco puede extrañarnos en absoluto, pues no en vano nos encontramos en un mundo en el que las posiciones críticas frente al mismo también

se encuentran, lógicamente, en todo un proceso de "integración planetaria", que diría Teilhard de Chardin.

Como colofón a esta intervención personal, si que querría insistir en un punto sobre el que —por lo menos expresamente— no se han pronunciado los invitados de "L'Observateur". Me refiero al tema —que tiene muchos antecedentes, lógicamente— del "gobierno mundial", al que aludía en mi nota del 3 de noviembre de 1970. ¿Cuáles serían las finalidades de ese gobierno en relación con el problema que nos ocupa? Yo lo sintetizaría —con todo lo que esto supone de simplificación de la cuestión, y sin ninguna idea coercitiva, sino en base a la racionalización de un comportamiento que habrá de fundamentarse en el consenso voluntario— en los dos gráficos que he preparado y que, con carácter esquemático, nos resume lo que podría ser y lo que debería ser.

El primero de ellos nos resume las tendencias posible y racional del volumen absoluto de la población mundial. El segundo, las tendencias posible y deseable de la tan vituperada renta per cápita, un concepto que, efectivamente, habrá de irse descartando como medidor, pero que todavía hoy es indicativo de situaciones medias. La limitación de espacio no nos permite más comentario, aunque creo que ambos gráficos son bien expresivos de la labor central que tendría que asumir ese gobierno mundial: frente al crecimiento exponencial de la población, debería llegar a una situación de crecimiento asintótico (en el límite = 0); y de cara al nivel de bienestar, tras una etapa relativamente larga de ralentización en el crecimiento de los países industriales y de aceleración en los menos desarrollados, podría llegarse, en un horizonte históricamente próximo, a una práctica nivelación también en la asíntota (crecimiento "per cápita" en el límite = 0).



OPS

LA EDUCACION DE PALMIRA

Nuria Pompeia • Manolo V



HE TENIDO UN SUEÑO MALO, PALMIRA.



Y ES QUE A VECES SIENTO EXTRAÑOS DESEOS CUANDO ESTOY A TU LADO...



...PERO ME REPRIMO Y MEDIGO...



...¡RESPECTA SI QUIERES SER RESPECTADO!